

Memoria colectiva
y espacios públicos:
Una mirada comunicacional
(Santa Fe 1983-1996) *

por Victoria Castro

MEMORIA COLECTIVA

UNA FORMA PARTICULAR DE RECUERDO

Comunicar el pasado supone un ejercicio constante, hacer conocer aquello que aconteció ha sido una tarea compleja para todas las sociedades: tal vez por el hecho de la distancia inalcanzable que nos separa entre lo que sucedió, lo que escuchamos que sucedió y lo que contamos que sucedió. Cada grupo humano, cada sociedad, construye mecanismos a través de los cuales da cuenta del pasado. Éstos permiten que algunos fragmentos se arraiguen con más fuerza dentro del cuerpo social y que cumplan una función particular.

Con el desarrollo de la escritura, la memoria comienza a inscribirse en distintos lados, ya no se deposita en un solo

lugar, lo escrito se transforma paulatinamente en soporte de la memoria. La imprenta hizo posible el inicio de un proceso de acumulación basado en una amplia y diversificada producción, la industrialización del siglo XIX necesitó de un desarrollo tecnológico y comunicacional para sobrevivir y expandirse.

Una forma particular de comunicación

Los discursos producidos en relación con el pasado significan de diferente manera según la ubicación en la trama social del sujeto que lo recibe y también según las características del momento histórico en que son producidos y recepcionados. Son las razones históricas las que definen el campo de posibilidad de cierta memoria, que hacen viable el surgimiento de nuevos temas,

** Este artículo fue originalmente publicado el año pasado en "Revista I a C. Fragmentos de lo social". Por ser de interés, el Comité de Redacción consideró que debía incluirse en este número.*

de otros espacios simbólicos, de distintos puntos de oposición o resistencia. Cada recuerdo social se produce bajo ciertas condiciones que explican su por qué.

El recuerdo social es una forma de iniciar una comunicación. La transmisión como comunicación no puede definirse antes de producirse, no puede programarse; son los acontecimientos mismos los que la producen. No existe un acuerdo previo acerca de aquello que debe fijarse para luego ser transmitido a nivel social y aquello que tomarán las generaciones siguientes como legado. La transmisión como comunicación a nivel social no deja de ser un problema de legitimidad sobre lo que los actores sociales de generaciones subsiguientes entienden como parte de su historia. Lo que se fija en el transcurso de una transmisión forma parte de la memoria colectiva, pero también lo es aquello que se intenta eludir de todas formas, que no se deja decir, que no se permite como discurso.

En toda comunicación que se inicia con un proceso de construcción de memoria hay una parte que se pierde, que desaparece. Esa pérdida abre el espacio para la modificación del relato acerca del pasado, pero nunca para la desaparición absoluta del mismo. Esta pérdida es constitutiva de dichos procesos.

Pero del mismo modo que no hay herencia sin que una parte se pierda, no hay transmisión de cultura que no conozca esta pérdida, esta porción de olvido que comanda la memoria, la modula, y permite que a partir de la repetición, (...) la diferencia pueda ser recibida.¹

En este recorrido que se reformula y se produce constantemente los sujetos eligen en función de sus experiencias; y eso no está ni bien, ni mal, porque no existe otra manera de elegir. Lo importante es tomar conciencia de la elección.

EL PASADO RECIENTE, UN ESPACIO CLAUSURADO

La dictadura de 1976 cierra espacios, calla las voces comunes, silencia la comunicación de los espacios públicos; y aquellos lugares en los que los sujetos interactuaban con objetivos y fines comunes se apagaron. Esta oscuridad no implica sólo la censura de una palabra, sino la apropiación de ese lugar de nominación para la inscripción de una comunicación distinta, capaz de instaurar nuevos códigos para la relación que los sujetos establecen con su pasado, es decir, nuevas claves para el recuerdo.

Con la apertura democrática los actores sociales se encuentran ante la posibilidad de reconstituir estos espacios para establecer nuevamente una comunicación cortada. Pero esa reconstitución se efectúa de manera significativamente diferente, bajo otros patrones.

Ese cambio en la práctica del recuerdo lleva las marcas del terror. La dictadura militar como instancia de nuestra vida pública no puede entenderse como una invasión o como algo externo; los episodios y aspectos autoritarios son parte integrante y determinante de nuestra práctica actual con relación al recuerdo, ya que han marcado las líneas de su posterior constitución.



Pedro Logarzo
"MERCADO CENTRAL Y
CONFITERIA 'EL CABILDO'",
1958. ACUARELA.

EL LUGAR DE LOS SÍMBOLOS

Las representaciones se articulan en diferentes lenguajes, también en el arquitectónico y espacial. En el espacio de la plaza se distribuyen los símbolos referentes a la guerra de Malvinas y a la última dictadura militar.

Los primeros se presentan para ser leídos en su conjunto, como unidad. El cañón, las placas, un mástil y un mural recordatorio de Malvinas. De esta manera, el Estado se asegura en la instalación de esos objetos, una serie de operaciones que definen su uso. El mismo no da lugar a cuestionamiento. A partir de estos emblemas que nos identifican como pueblo, sólo es posible preservarlos, restaurarlos y difundirlos.

En la plaza coexiste este tipo de símbolos con aquellos que traen al presente el recuerdo del pasado reciente, estos se presentan como más permeables, más abiertos a la significación. Se constituyen en instrumentos de conocimiento y comunicación, inscribiéndose en un conjunto de relaciones con otros símbolos.

La imagen de los pañuelos y figu-

ras humanas pintadas en aerosol, las rondas, el reloj de sol; una placa, un nombre y una bandera como símbolos, Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (HIJOS).

Desde ellos, se dispara una multiplicidad de lecturas posibles y otorgan a los agentes sociales un mapa de interpretación diferente, ya que se convierten en memoria a partir de unificar los recuerdos del pasado con sus representaciones presentes.

El símbolo que reúne todos los símbolos y permite su relación es la plaza misma. La Plaza del Soldado como símbolo, presentándose como un lugar natural para el encuentro. La plaza es una sola pero a la vez son muchas, en ella hay lucha, pero una lucha que va más allá de la que emprenden las Madres. Se lucha por el significado y no hay vencedores, hay fusiones, hay relaciones, hay alianzas, hay treguas. Hay inscripciones de lo mismo desde diferentes configuraciones de sentido.

UN LUGAR COMÚN

El espacio público es un lugar de acuerdos a nivel social. En cualquier momento puede recuperarse como memoria colectiva o parte del pasado aquello que esta ahí inscripto y que forma parte del paisaje urbano.

La aparición en la esfera de lo público lleva consigo la premisa de una comunicación necesaria; de lo contrario, de no necesitar ser vista u oída, quedaría relegada al espacio privado. La irrupción en el espacio público de una comunicación, cualquiera sea la forma que adquiera, supone la primacía del hecho social sobre lo individual. Pero esa comunicación posible en espacios públicos, accesible a muchos, perdurable y transmisible, no se supone inmutable.

La construcción de un espacio físico en carácter de espacio público influye, no sólo en el diseño arquitectónico de las ciudades, sino también en la cotidianidad de los sujetos que habitan en ella. Esta irrupción marca el inicio de un proceso de inscripción y significación constante del espacio y una redefinición continua de sus usos.

Las plazas históricamente han ocupado un lugar importante para el desarrollo de la vida en los centros urbanos. Dentro del diseño urbano, han sido el lugar de desenvolvimiento de lo público. Toda ciudad conserva en un punto estratégico de su distribución una plaza, un lugar de encuentro, conservando aquella idea del lugar común; pero éstas se han transformado no tanto en su forma como en su función. Lo que antaño constituía el centro de convergencia de los asuntos ciudadanos se ha transformado cualitativamente.

Pese a esto, las plazas subsisten como escenario, como territorio público donde

ciertos actores pugnan por intervenir, por participar. En ellas se reúnen el esparcimiento y la demanda; el ocio y la queja; el paso del tiempo y su memoria; las luchas y los reencuentros.

La ciudad de Santa Fe cuenta con una plaza que se ha constituido como el lugar de inscripción de las prácticas relacionadas con el pasado reciente y su recuerdo. La Plaza del Soldado se ubica donde antiguamente se encontraba el mercado central; su construcción se produce durante el período dictatorial, en 1979. El nombre de **Soldado Argentino** le es otorgado en 1980, según ordenanza municipal n° 7918, con el fundamento de honrar a todos aquellos hombres que en calidad de soldados...

ilustres guardianes de la libertad han dejado público testimonio de su generosidad y patriotismo cuantas veces la salud de la patria peligraba o grandes males amenazaron su vida política.

familiares de desaparecidos y detenidos por razones políticas es el primer grupo que se incorpora a la Plaza. A partir de un presente, se identifica con una situación de reclamo, de denuncia, algo estaba pasando y por eso estaban ahí.

Hasta antes de la guerra de Malvinas, la plaza fue para el ejército el lugar de conmemoración de fechas significativas. Luego, se colocó un mural con los nombres de los soldados caídos en combate. La elección de la plaza para levantar el mural era más que obvia: de alguna manera había que saldar y reconocer a los "muchachos" destinados a defender lo defendible, pero en condiciones imposibles. La nominación ya estaba puesta, el mural consagró su significado.

Si durante la dictadura en la ciudad de

Santa Fe fueron los familiares los que se agruparon y encontraron un lugar en la plaza, durante la democracia este lugar fue ocupado por las *Madres*.

Un nuevo actor supone un nuevo interlocutor, ya no es la dictadura militar, sino el estado democrático en sus intentos constantes de clausurar el tema, de quitarlo de la escena del debate.

A partir del retorno a la democracia la Plaza del Soldado, como espacio de inscripción de actores directamente afectados por el proceso y de actores del ámbito castrense, inicia un proceso en el que al igual que las fichas de un rompecabezas se trazan las líneas que configuran esta memoria desde el espacio en la apertura democrática.

NUEVAS MEMORIAS

A partir de 1990 la plaza es el lugar donde la memoria presenta su doble dimensión, se convierte en *memoria por* y *memoria para*. *Memoria por* las víctimas de la última dictadura, como reivindicación de muertes, desapariciones, cárceles; como forma de traer su imagen al presente para instalar la idea de que aquello debe recordarse para no repetirse.

Memoria para repudiar cada intento por parte del Estado de darle un final al tema. En la realidad de los agentes sociales que eligieron la plaza, el recuerdo también es un recuerdo para; para pedir una y otra vez justicia.

La plaza y sus inscripciones son el intento de un grupo de la sociedad de comunicar al resto una representación del pasado reciente, que se apoya no en el poder de verdades absolutas, de conflictos agotados. Sino en la necesidad de la aparición en la historia —como conoci-

miento, como saber— de un hecho que debería ponderarse por las evidencias del asalto a la ley, a los derechos fundamentales del hombre, y que muchas veces adopta la forma de reclamo, de protesta, de demanda.

Si antes los procesos de construcción de memoria cumplían una doble función estableciendo una comunicación-transmisión del pasado, y generando o constituyéndose como un tipo de acción política, los hechos demuestran que, salvo por irrupciones sobresalientes dentro del espacio de la plaza, ésta sólo condensa comunicaciones y transmisiones del pasado reciente desde el lugar de los grupos.

La memoria en la plaza se ha desdoblado, sigue cumpliendo con la primera función pero la segunda fluctúa, se corre de espacio, va y viene, dejando ver que existen nuevas claves para pensar —actuar— y hablar sobre él.

Si los modos de comunicación y participación cambiaron con la nueva década, debieron cambiar también las formas mediante las cuales un hecho deviene recuerdo o su intento, ya que los procesos por los cuales los grupos instauran formas de recordar son procesos comunicativos que no pueden ser ajenos a los cambios de decodificación y lectura social.

Encontrar el sentido implica, entonces, reivindicar la historia y las particularidades de cada historia. Reivindicar el pasado desde un nuevo lugar y no desde una imagen idealizada.

UNA CONMEMORACIÓN ESPECIAL

El 24 de marzo de 1996 se conmemoraron en la plaza los 20 años del golpe militar. Esta celebración tuvo un tinte di-

ferente, la Plaza del Soldado escuchó otra voz, una nueva voz, la voz de otra generación, de la generación "heredera" de años de violencia, de lucha, de triunfos y derrotas. Esta voz heredera no se confundió con la voz heredada y se permitió decir el pasado dentro de la plaza, pero desde otro lugar. Un lugar nuevo, ni mejor ni peor; simplemente distinto.

La entrada de esta generación al debate histórico se produce no desde lugares ya constituidos, sino desde la posibilidad que le otorga la experiencia de vida de reinterpretar su propia historia. De abrirla a la resignificación luego de haberla recibido de alguna manera, luego de que les ha sido comunicada. De esta manera, denuncian abiertamente las políticas de la memoria que gobernaban hasta ese momento.

El espacio de la plaza fue el escenario de esta irrupción, el espacio público se erige una vez más como lugar de desarrollo de lo político, como la aparición en la esfera de lo social de discurso y acción en una manifestación indisoluble.

EL SENTIDO DEL ENCUENTRO

Que estos grupos sigan eligiendo la plaza como lugar de manifestación y de reunión a la vez no es un hecho casual, ni meramente una elección grupal.

El encuentro en un espacio público dentro de la ciudad nos está diciendo acerca de la pertenencia del tema a toda la sociedad. El pasado como asunto nos pertenece a todos, en mayor o en menor medida nos es común, porque es innegable la prueba de los hechos que han construido la verdad de la historia.

La aparición en la plaza conserva su rasgo de permanencia, de constancia pero ha per-

dido el sentido del encuentro. Cada reunión pretendía en su carácter de denuncia y muestra de dolor buscar un efecto, constituir una posición política a través de la querrela que la acción y el discurso de estos grupos presentaban en la plaza a lo largo del tiempo.

Con la democracia, la relación con el pasado transita un proceso de cambio, adquiere una nueva forma; de hecho esa nueva forma se constituye en una nueva manera de construcción de lo político. Pero en el caso particular de las inscripciones de estos grupos en la plaza se comienza a vislumbrar una paralización de su discurso, van dejado de decir a nivel político, sin por ello dejar de hacer y establecerse en el espacio.

Si en un determinado momento de nuestra historia la lucha pasaba necesariamente por la inscripción en el espacio físico, hoy ya no. Esto no implica que el espacio físico como lugar para dirimir una lucha sea prescindible, sino que se constituye como uno más entre otros que han surgido.

EL SENTIDO DE LA LUCHA

Las manifestaciones de los grupos en la plaza debieron *aggiornar* su discurso a las nuevas claves de la comunicación y la participación que presentaban los '90. Si bien dentro de la plaza se generaron pautas singulares de acción que presentaban una función política; lo instrumental, lo esencial para que esa labor pública sea realmente colectiva pasaba por la transformación del recuerdo, por un cambio en el discurso que no dejara de lado el dolor y la angustia sino que los desnudara. Convirtiéndolos no en ejes de un discurso sino en el pasadizo a través del cual decir otra cosa más que dolor.

Con el paso del tiempo las manifestaciones en el espacio de la plaza van perdiendo fuerza impugnatoria, con el paso del tiempo envejecen los testigos y todo se hace más difícil. Se presenta, entonces, la imperiosa necesidad de que el recuerdo se construya desde algo más que la denuncia.

Esta carencia, esta imposibilidad de reinterpretar, no va en desmedro de lo necesario y revelador del accionar de estos grupos. Sin su aparición estaríamos asistiendo al horror de no escuchar ninguna voz, de no oír ningún reclamo.

La importancia de sus acciones ha sido el precedente de todo aquello que fue posible en el campo de los derechos humanos y de los infinitos logros por ellos alcanzados. Las consecuencias de su acción siempre han sido el punto de inicio de una nueva acción, han iniciado procesos que dieron lugar a otros, han sido incansables e ineludables.

*Sin la acción (...) 'no hay nada nuevo bajo el sol'; sin el discurso para materializar y conmemorar (...) lo nuevo que aparece y resplandece, 'no hay memoria', sin la permanencia del artificio humano no puede haber memoria de lo que sucederá en los que vendrán después. Y sin poder, el espacio de aparición que se crea mediante la acción y el discurso en público se desvanece tan rápidamente como los actos y las palabras vivas.*²

EL SENTIDO DEL SILENCIO

Al finalizar el día, los cuerpos ensangrentados de los hermanos yacían confundidos con los soldados, luego de una sangrienta batalla...

Aquel que se atreviera a rendirle honores fúnebres sería castigado con la muerte...

La tragedia de Antígona relata el rito

funerario de su hermano Polínice, a sabiendas que el entierro del mismo podía llevarla a la muerte. El riesgo al que Antígona se expone por su hermano se parece a aquel que los Familiares de la plaza corrieron en su momento por la búsqueda de una persona allegada.

Antígona es una heroína pero, a pesar de su resolución y la dureza de su carácter, aún es mujer. Las Madres de la plaza también lo son y comparten con Antígona algo más que la pertenencia al género. Buscan como ella un cuerpo para realizar un rito, un lugar donde poner y tener los restos, donde elaborar el duelo, donde consagrar la muerte del ser querido.

Nuestro tiempo histórico en la plaza supo parecerse al tiempo de la tragedia de manera magistral, Antígona encarna el derecho natural, aquel que insta a un "deber ser" por encima de todo, el derecho a ser sepultado y todo lo que culturalmente ello implica. Creonte personifica al poder real, salvando las distancias, al Estado.

Antes de que Antígona se vuelva Familiar, Madre e HIJOS, antes que el reconocimiento y la coincidencia se tornen peligrosas, es necesario saber que no podemos someter mecánicamente la tragedia de Antígona a nuestra realidad, a lo que sucede con estos grupos en la plaza. Aunque lo nuestro resulte trágico y tenga mucho en común con este clásico de la literatura griega.

EL SENTIDO DE LO TRÁGICO

Decir después de una tragedia no representa una tarea sencilla, decir después de un acontecer tan doloroso se presenta como desafío. El de una lectura que se realiza una vez que los hechos se producen, para en-

contrar un decir que se esfuerza por escapar y trasladarse más allá de los mismos.

El recuerdo nos sumerge en distintos tipos de experiencias; que su construcción se produzca solamente desde la experiencia del dolor coloca al recuerdo en un callejón sin salida. Le imprime un sello trágico que cancela el devenir histórico y lo descoloca del lugar de la palabra como dimensión transformadora.

La presencia de los grupos en la plaza fundaron una memoria contra el olvido y le otorgaron la verdadera dimensión trágica que tuvo, pero en cierta medida también obstruyeron la posibilidad de una memoria crítica. Este pasaje de memoria trágica a memoria crítica supone un cambio en el proceso comunicativo. Pretende que el legado para las generaciones futuras se conforme con la voz del dolor y del reclamo por aquellos que ya no están junto a la voz de la lucha, pero también de la derrota de los que quedaron.

El valor del recuerdo no supone haber quedado fijado en el pasado, una política de la memoria debería convertir el dolor en un punto de partida y no en la línea de llegada. Deshacerse del dolor, para transformarlo en proyecto, en acciones concretas, no en piczas de museo sino en pasado

que se mete en cada intersticio que encuentra para formar parte del presente. Esto no tiene nada que ver con el olvido, con la hipocresía, con dar vuelta la página.

Una memoria crítica no es sólo el recuerdo de cómo fueron las cosas, sino la constante presencia de la palabra frente al olvido; es ese doble movimiento que permite que cada presente se instale en el pasado y lo cuente, lo narre de la manera en que este se le aparece.

Quizás, no hubo un espacio de tanta resonancia en lo social como el que abrieron estos grupos en la plaza, pero la relevancia e importancia histórica de su inscripción no supone la ausencia de crítica a su discurso. Es preciso que esos discursos sean sometidos a crítica para que su aparición siga valiendo la pena, siga construyendo. Para que el pasado se traslade desde lo trágico, se incorpore a la escena con toda su fuerza y recupere su capacidad de decir.

En todo caso la definitiva desgracia de nuestra historia es la enorme dificultad de regresarles significados a ese tiempo, ese espacio atrás, desde una voz situada en el pos-extermínio. Encontrar significados desde el inexorable dato de que la historia persiste, prosigue, desde la imposibilidad absoluta que tiene ella de asistir a sus últimos días.³

Victoria Castro: Licenciada en Comunicación Social (Universidad Nacional de Entre Ríos) Becaria del Centro de Estudios Avanzados de la UBA en Maestría en Gestión y Política de la Ciencia y la Tecnología. Miembro del CIECEC.

1. Hassoun, Jacques. Los contrabandistas de la memoria. Pág.149. Ediciones de la flor. Bs.As. 1996.
2. Arendt, Hannah. La condición humana. Pág.227. Paidós. Bs.As. 1993.
3. Casullo, Nicolás. Modernidad y cultura crítica. Una temporada en las palabras. Pág.215. Paidós. Bs.As. 1998.